

cumplimiento del sacrificio que tú buscas”. Y añadieron: “Prepárate a recibir a Aquél que te ha desposado con el anillo de su amor. La unión ya fue hecha, pero El quiere ahora renovarla”.

El alma experimentaba de veras todas estas cosas, y más plenamente que todo lo que se pueda expresar con palabras. Sólo la sombra de lo que vi —la memoria es como la sombra de esa visión que mi alma disfrutó—, pues bien, basta sólo esa sombra para que ni alma sea feliz de manera indescriptible.

Más adelante, Angela, atormentada por la última enfermedad y con el espíritu más absorto que nunca en el abismo de la divinidad, hablaba poco, de vez en cuando, y con frecuentes interrupciones. Sin embargo, sus palabras, por lo que podíamos captar los que la rodeábamos, fueron recogidas, si bien someramente, y son las siguientes.

Durante la fiesta del Nacimiento del Señor, que fue el tiempo de su tránsito a Cristo, una vez dijo:

“El Verbo se hizo carne”.

Después de una larga hora, como viniendo de lejos, añadió:

“¡Oh! ¡Toda criatura desfallece!... ¡Oh! ¡Toda la inteligencia de los ángeles no basta!”.

La interrogamos: “¿En qué desfallece toda criatura? ¿Y para qué no basta la inteligencia de los ángeles?” Ella respondió:

“Para comprender”.

Después dijo:

“¡Oh! He ahí a mi Dios, que ha cumplido la promesa. Cristo, su Hijo, ahora me presenta al Padre”.

Momentos antes había dicho:

“¿No sabéis que Cristo estuvo en la barca, mientras se levantaban recias tempestades? En verdad así sucede a veces al alma. El permite que lleguen las tempestades, y parece dormir”.

Y añadió:

“En verdad, hasta que la persona no sea enteramente pisoteada y aplastada, a veces Dios no permite que la tempestad acabe. Así obra de manera particular con sus hijos legítimos”.

En otra ocasión dijo:

“Hijos míos, con mucho gusto les diría algunas palabras, si estuviera segura de que Dios no me va a engañar”.

Se refería a la promesa de su muerte, ya que por el deseo de morir, temía mucho que Dios la quisiera curar de la enfermedad. Y aclaró:

Lo que quiero deciros, no lo digo más que para exhortaros a seguir lo que yo no he seguido. Lo digo sólo para dar gloria a Dios y para vuestro bien. No quisiera llevar conmigo a la tumba cosa alguna que podría seros útil.

He aquí que Dios dice al alma: “Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío”. ¿Quién podría merecer semejante intercambio, que todos los bienes de Dios fueran suyos, y que todos nuestros bienes fueran de Dios, y que todos los bienes de Dios fueran nuestros? En verdad nadie puede merecerlo, sino la caridad.

Hijos míos y hermanos y padres, procurad amaros recíprocamente y poseer entre vosotros la caridad divina, porque es por esta caridad y por el amor recíproco que el alma merece heredar los bienes de Dios.

No hago otro testamento que éste: os recomiendo el amor

recíproco. Os dejo en herencia todo lo que poseo: la vida de Cristo con su pobreza, con su dolor y con su desprecio.

Luego posó la mano sobre la cabeza de cada uno diciendo:

Que la bendición de Dios y mía, hijos míos, descienda sobre vosotros y sobre todos los que aquí no están presentes. Como me fue significada y mostrada por Cristo esta bendición, así os la imparto a vosotros con todo mi corazón, tanto a los presentes como a los ausentes. Y que Cristo en persona os la dé a vosotros con esa mano que fue clavada en la cruz. Los que reciban en herencia la vida de Cristo, son y serán verdaderos hijos de la oración y más adelante, sin duda alguna, tendrán en herencia la vida eterna.

Dijo todavía:

En lo que os digo, yo no tengo nada que ver, todo pertenece a Dios. A la bondad de Dios le agradó confiarme el cuidado y la solicitud de todos sus hijos e hijas, que hay en el mundo y que viven aquende y allende los mares; y los he guardado y por ellos he sufrido; y mis dolores fueron más numerosos de lo que podáis suponer.

Oh Dios mío, ahora los entrego a ti, para que los protejas y los preserves de todo mal.

Hijos amados, esforzaos por tener la caridad hacia todos los hombres, porque en verdad os digo: mi alma recibió del Señor más gracias cuando lloré y sufrí con todo mi corazón por los pecados del prójimo, que cuando lloré por mis pecados. Y en verdad no hay en la tierra mayor amor que sufrir por los pecados del prójimo.

El mundo se ríe de lo que estoy diciendo, porque le parece contra la naturaleza que uno pueda llorar y dolerse por los pecados del prójimo, como si fueran suyos, y hasta más que por los suyos. La caridad que así obra no es de este mundo. Procurad, hijos queridos, tener esta caridad.

Y no juzguéis a nadie, aunque lo veáis cometer un pecado

mortal. No digo que el pecado no os disguste y que no lo debáis aborrecer. Digo sólo que no juzguéis al que peca, porque no conocéis los juicios de Dios. Muchos que a los ojos de los hombres parecen condenados, a los ojos de Dios son salvados. Y muchos que a los ojos de los hombres parecen salvados, delante de Dios son condenados. Y quisiera añadir que hay algunos a los que vosotros despreciáis, porque destruyen el bien que ya comenzaron; en cambio yo tengo la firme esperanza de que Dios los atraerá a su camino.

En otra ocasión nos dijo que su alma fue lavada y purificada y sumergida en la sangre de Cristo, que era tan viva y caliente, como si brotara de su cuerpo crucificado. En ese momento fue dicho al alma: "He aquí lo que te purifica". El alma preguntó: "Oh Dios mío, ¿sufriré un engaño?". Y le fue contestado: "¡No!". Entonces el alma escuchó estas palabras:

"Oh esposa, oh hermosa, oh amada por mí con todo amor, ven. Todos los santos te esperan con gran alegría. En verdad no quiero que tú vengas a mí, agobiada por estos dolores, sino con júbilo y gozo inenarrables, como conviene al Rey que quiere acompañar a su esposa por tanto tiempo amada y vestida con su vestido real".

Me mostró entonces el vestido que el esposo destina a aquella que fue por tanto tiempo amada. El vestido no era de púrpura ni de carmesí ni de seda, sino que estaba hecho de la misma luz deslumbradora con que se viste el alma.

Me mostró entonces al Verbo, así que ahora entiendo qué es el Verbo y qué significa la palabra "Verbo". Entonces me dijo: "Este es el Verbo que quiso encarnarse por ti". Y el Verbo se me acercó, me tocó, me abrazó. Mucho tiempo antes me había dicho: "Ven a mí, mi querida, mi hermosa, mi predilecta, ven; todos los santos te esperan con gran alegría". Y añadió: "Yo no te confiaré a los ángeles ni a los santos, para que te conduzcan, sino que yo personalmente vendré a ti y te tomaré conmigo". Mucho tiempo antes me había dicho: "Tú has sido modelada a mi gusto: eres altísima en mi Majestad".

En otra ocasión dijo:

Malditos sean los bienes que llenan de orgullo el alma, como el poder, los honores y los cargos. ¡Hijos míos, procurad ser pequeños!

Luego exclamó:

¡Oh nada desconocida! ¡Oh nada desconocida! En verdad el alma no puede tener mejor visión de este mundo que contemplando la propia nada y habitar en ella como en una cárcel. Hay mayor engaño en los bienes espirituales que en los temporales, como en el saber hablar de Dios, en el hacer grandes mortificaciones, en el comprender las Escrituras y en el tener el corazón ocupado en las cosas espirituales. Por estos bienes uno cae a menudo en el error, y su corrección es más difícil que la de los que tienen bienes temporales.

Nuevamente gritó:

¡Oh nada desconocida! ¡Oh nada desconocida!

Ya próxima a morir, exactamente el día antes, suspiraba a menudo:

“Padre, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu”
(Lc. 23, 46).

Después de haber pronunciado estas palabras nos dijo:

Ahora a mi oración ha llegado esta respuesta: “Todo lo que se ha grabado en tu corazón durante toda tu vida, es imposible que tú no lo conserves en la muerte”.

Nosotros le dijimos: “¿Quieres entonces irte y abandonarnos?”. Ella respondió:

Os he ocultado una cosa que ahora no puedo ya ocultar: de veras he de partir.

Desde ese momento cesaron todos los dolores que en los días anteriores la habían agobiado, atormentado y desgarrado interior y exteriormente todos los miembros. Yacía en una paz física y en una serenidad espiritual tan grandes que ya parecía estar pregonando algo de la prometida beatitud. En esa paz y en esa serenidad de espíritu y resplandeciendo de gozo quedó hasta la tarde del sábado después de Completas, rodeada por numerosos frailes que le ofrecían los consuelos de su ministerio. En el mismo día, siendo la octava de los Santos Inocentes, hacia el atardecer, se quedó dulcemente dormida y descansó en paz.

Su santísima alma, libre de las ataduras de la carne y sumergida en el abismo del amor de Dios, recibió de Jesucristo, su esposo, la estola de la inmortalidad y de la inocencia, para reinar eternamente con El. Que el mismo Cristo Crucificado nos introduzca también a nosotros en ese reino por la virtud de su cruz, por los méritos de su bendita Madre y por la intercesión de Angela, nuestra santa madre; El que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, por los infinitos siglos de los siglos. ¡Amén!

La venerable esposa de Cristo, Angela de Foligno, de las tempestades de este mundo pasó a los gozos celestiales que ya mucho tiempo antes le habían sido prometidos, el año de la Encarnación del Señor 1309, el 4 de enero, siendo Papa Clemente V. ¡Sean dadas gracias a Dios!

Su ejemplo

Para que la hinchazón de la sabiduría mundana, animal y terrena de mucha gente, que diabólicamente hinchada, habla de cosas grandes y no hace ni las más pequeñas, quedara confundida, Dios en su eterna sabiduría suscitó a una mujer de estado seglar, ligada al mundo, al marido y a los hijos, solicitada por afanes familiares y económicos, de poca ciencia, y débil de fuerzas. Esta mujer, por la virtud que Dios le infundió por

los méritos de la Cruz de Cristo, Dios-Hombre, cortó los lazos del mundo y ascendió hasta la cumbre de la perfección evangélica.

Siguiendo la santa necedad de la cruz, renovó una sabiduría más perfecta y mostró a todos que el camino del buen Jesús—casi olvidado y que algunos soberbios gigantes ya de palabra, ya de obra juzgaban impracticable— no sólo podía ser practicable y fácil sino que constituía la suprema felicidad del alma virtuosa.

¡Oh sabiduría de la celestial perfección evangélica, con la ayuda de Dios tú has mostrado lo necio de la sabiduría de este mundo! Y tú, oh eterno Dios, en ella has querido suscitar contra los varones una mujer, contra los soberbios una humilde, contra los astutos una simple, contra los doctos una ignorante, contra la hipocresía religiosa el santo desprecio y la condenación de nosotros mismos, contra los habladores perezosos y las manos ociosas un estupendo fervor de obras y silencio de palabras, y contra la prudencia de la carne la prudencia del espíritu que es la ciencia de la cruz de Cristo. Así en una mujer fuerte se puso de relieve lo que había quedado sepultado en tantos hombres, encandilados por los atractivos carnales.

Alejaos, pues, hijos de tan santa madre, de toda mancha vergonzosa, y aprended de Angela, mujer de gran sabiduría, el camino de la cruz, con todas sus riquezas: la pobreza, el dolor y el desprecio; camino que fue del bueno y amado Jesús y de su dulcísima Madre.

Este camino enseñadlo a los varones, a las mujeres y a cualquier otra criatura a través de la elocuencia de las obras concretas. Y para que podáis gloriaros de la vocación de ser sus discípulos, habéis de saber, oh amadísimos, que ella es la maestra de la ciencia de Dios y la animadora de sus obras.

Con toda verdad, Angela es un esplendor de luz, un espejo sin mancha de la majestad de Dios y una imagen de su bondad. Aun siendo una, todo lo puede; y aun permaneciendo en sí, todo lo renueva; y a través de las naciones llega a todas las almas santas; y a todos sus hijos convierte en profetas de la verdad, y en amigos de Dios (extractos de los capítulos VII y VIII del libro de la Sabiduría).

Son incapaces de amar al prójimo los que son contrarios a Angela, o más bien, al camino, a la vida y a la doctrina de Cristo.

Recordad, queridos, que los apóstoles, que fueron los primeros en hablar de la pasión de Cristo, aprendieron de una mujer que El había resucitado de entre los muertos. Así, amados hijos, aprended ahora conmigo la regla de esta santa madre: regla muerta para los hombres carnales; profesada por nuestros primeros padres, el bienaventurado Francisco y sus compañeros; y ahora proclamada inmortal por la observancia de nuestra madre.

No va en contra de los designios de la Providencia el que, para humillar a los varones, haya sido escogida como maestra una mujer, de la que, por lo que conozco, no hay igual sobre la tierra. El mismo San Jerónimo hizo una idéntica consideración en relación con la profetisa Hulda⁷, a cuyo alrededor se apretaba el pueblo judío, dado que, para vergüenza de los varones y de los doctores de la ley que eran transgresores de los mandamientos, a una mujer había sido concedido el carisma profético.

⁷ Profetisa del tiempo del rey Josías y guardiana de las vestiduras del templo. A ella acudieron el sacerdote Helcías y otros, para que les interpretara los Libros Sagrados que los ministros del templo no sabían ya explicar (4 Rey. 22, 14).

INDICE

INTRODUCCION	7
 PARTE PRIMERA	
Prólogo	25
Los pasos	26
Nuevas ascensiones	30
El sentimiento de Dios	35
Los siete pasos suplementarios	38
Aclaración de Fray Arnaldo	41
Las maravillas del paso vigésimo	45
Testimonio del Espíritu Santo	50
La estrella	50
La Trinidad	51
La visión de Cristo	52
"En la Eucaristía veo a Dios"	53
El segundo paso	54
"Estarás abrasada en el amor de Dios"	55
La visión del Verbo de Dios	58
El amor de Dios y el amor del alma	60
"Todo lo escrito es verdadero"	62
Las enfermedades del alma y el Médico divino	62
La bendición de Dios sobre las limosnas	64
Éxtasis durante la elevación	65
El tercer paso	66
Dios Padre y sus hijos legítimos	67
El lavatorio del Jueves Santo	70
La reprobación de Dios	71

La soberbia	73
Dios y las criaturas	74
Ubicuidad del cuerpo de Cristo	75
La restitución de los bienes ajenos	75
La sabiduría de Dios y el recto juicio	76
El cuarto paso	76
Intrusión diabólica	78
La potencia de Dios	79
Gozos y tribulaciones	80
Ansias y entrega	82
Visiones y éxtasis	83
Enseñanzas y visiones	86
El quinto paso	89
“Vio al Amor que se le acercaba dulcemente”	92
“Veía una Plenitud, una Hermosura y Todo Bien”	95
“Un fuego, un amor y una suavidad”	98
Unción y abrazo	101
Diálogo entre el alma y el cuerpo	104
Cómo las personas espirituales pueden caer en engaño	105
Pobreza y soberbia	107
Sexto paso: “Horribles tinieblas pobladas de demonios”	109
Humildad y soberbia	113
Séptimo paso: Visión de Dios en las tinieblas	116
El mensaje de San Francisco	121
Visión de Dios sobre las tinieblas	127
Aprobación de Dios	134

PARTE SEGUNDA

Apasionado llamamiento	137
Carta a un hijo espiritual	139
Carta acerca de las pruebas del alma	143
Cómo se debe amar a Dios	145
La mortificación	147
La “compañía” de Cristo	149
Servir para amar	154
Dios bendice a los discípulos de Angela	155
Las hijas de la soberbia	156

Los dolores de Cristo	157
Los cinco cuchillos	159
Jesús abandonado	160
La oración	161
La pobreza y San Francisco	167
Dones de Dios	173
Revelaciones y carismas	176
Mansos y humildes	181
Examen apremiante	185
Ser pequeños	188
La Eucaristía, sacramento de amor	189
Proyecto de amor	192
Misterio nuevo y antiguo	194
Manantial de todo bien	195
Operaciones del verdadero amor	197
La oración, la pobreza y la mortificación	198
Fragmentos	201
Carta de Navidad	204
Los siete dones de Dios	205
El amor y sus peligros	207
El amor perfecto	214
Las culpas y las penas	217
Las cualidades de los que aman	219
El conocimiento de Dios y de nosotros mismos	221
La cruz, libro de la vida	222
"No te he amado en broma"	223

PARTE TERCERA

Jesús visita a Angela enferma	227
La libertad del alma	228
Angela confiesa sus culpas	229
Coloquio con el Niño Jesús	232
Coloquio con los Angeles	234
"Dios te quiere todo"	234
Ultima carta de Angela	235
La dichosa muerte de Angela	240
Su ejemplo	246